Lo que parece que podía hacer dificultad en esta historia es oír que todos los que gobernaron esta familia la poseyeron tiempo de ochenta años como si tuvieran hecho pacto y concierto con la vida, para que ni fuera más ni menos; y aunque esto que a otros puede hacer dificultad, también a mí me pone en admiración y maravilla. Con todo digo que así lo averigüé con los mismos indios totonacas y entre ellos hubo uno que si fuera en el tiempo de su infidelidad heredara el señorío (el cual se llamaba don Luis y vivía el año de mil seiscientos, que fue cuando yo hice esta averiguación en aquella provincia), y tenía el viejo entonces tres o cuatro años más de ochenta, porque nació el año de umecalli y los españoles vinieron el año antes, que fue el de diez y nueve que ellos contaban ceacatl; y me dijo esto este indio, certificando que así era, que su padre había gobernado los ochenta años y que el mismo año que los españoles entraron fue bautizado, y según esto debían de vivir mucho estos señores y aún ahora me dicen que vive este indio don Luis y que está en su pueblo y débesele de dar crédito, porque siendo esta gente por la mayor parte de tan poca cuenta, que nunca se curan de sus años y los dejan pasar sin ella, éste la tuvo y dice que su padre le dijo que si en algún tiempo le preguntasen por su edad le decía el año en que había nacido para que diese razón de ella. Yo no tengo otra para probar lo que digo y así cada cual crea lo que le pareciere, que yo me persuado a que debe de ser verdad; y si se me admite un pensamiento que se me ofrece en esto, digo: que lo que entiendo en esto es que todo el tiempo de la vida y gobierno de estos señores sería de ochenta años y que no vivió ninguno menos tiempo que éste y esto lleva mejor camino y va menos escrupuloso.

CAPÍTULO XIX. *De la ciudad de Cholulla, su sitio y poblazón, templos y altares*

A CIUDAD DE CHOLULLA está cuatro leguas desviada de la de Tlaxcallan, en contra suya, a la parte de mediodía; y era después de Tlaxcallan la principal señoría, aunque primera en religión, porque era la que en esto más se esmeraba entre estos indios. Está sentada en un muy grande y espacioso campo y se divisa de toda aquella comarca. Era su poblazón mucha y los que quieren darle número, cuando entraron los españoles, dicen que tenía más de cuarenta mil vecinos esta ciudad; y es así porque sola la ciudad tenía veinte mil casas y otras veinte mil estaban repartidas fuera, en lo que llaman estancias y aldeas. Fue la madre general de la supersticiosa religión de esta Nueva España. Veníase a ella de ciento y ducientas leguas en romería, de todas aquellas gentes de reinos y provincias convecina; y en ella ofrecían sus ofrendas y sacrificios y cumplían sus votos y promesas, conforme ellos entonces sentían de su falsa e idolátrica adoración; y ésta fue una de las razones porque teniendo por deífico aquel

lugar, todas las gentes de esta tierra ordenaron todos los señores de ella tener en él un templo y así los había muchos y muy sumptuosos, y junto a cada uno de ellos las casas del señor, cuyo templo era. Enmedio de esta gran poblazón se comenzó aquel gran cu y altar que se quedó comenzado como la Torre de Babel. Es un edificio tan grande que admira haber de creer que a mano se hubiese hecho; porque considerado y visto es un cerro muy grande que debe de tener de ruedo y falda más de un cuarto de legua y de alto bien más de cuarenta estados; fue hecho de adobe y piedra, todo puesto por muy gran concierto; y aunque luego que lo iban haciendo y levantando debía de estar con forma de relejes y gradas bien concertado ahora no las tiene; pero échase bien de ver que en otro tiempo las tuvo. Está de presente a manera de cerro natural, lleno todo y cercado de yerba y otros matorrales y plantas. El intento que tuvieron en hacerle debió de ser mostrar la grandeza de su poder y que pues el lugar era deífico, le hiciesen altar tan alto que pareciese que de él podía ser fácil subir al cielo. Esta obra no llegó a colmo y así se quedó en sus cimientos, que según su traza, sin duda lo eran para un muy gran edificio. En este lugar pusieron los religiosos de San Francisco (que son los que desde sus principios los han doctrinado e industriado en la fe y ahora los administran los santos sacramentos y doctrina cristiana) una cruz luego que entraron en el, hasta que edificaron en el mismo lugar una ermita de la vocación de Nuestra Señora de los Remedios, que es ahora de mucha devoción y se va a decir misa a ella todos los sábados, donde concurre mucho número de gente a los oficios.

Eran los edificios de estas insignes casas de cal y canto y no sé de cierto si por entonces usaban el ladrillo; pero sé decir que ahora son todas sus portadas de él y muy bien labradas. Tenían las torres en suficiente distancia, altas, muy blanqueadas de cal y yeso. Tiénese por muy cierto y averiguado que tenía tantos templos como días tiene el año. Había en cada uno de ellos una torre y en algunos dos y muy altas. De éstas torres se contaron en su principio cuatrocientas y sobre todas era señalada la del templo mayor. Ver por defuera esta ciudad, viniendo de Tlaxcallan y de otras partes que pueda descubrirse, era de grandísima recreación por estar tan torreada, almenada y cercada de tan vistosos y hermosos edificios. Sus calles fueron y son de las mejores, así en ancho como en largo de cuantas ciudades tiene el mundo; no tuercen en ninguna manera, sino que comienzan derechas y acaban con el mismo orden que comenzaron; y aun ahora, que no debe de tener siete mil vecinos (y faltándole la hermosura de aquellos sus grandes templos y torres, que memoria de todo esto no ha quedado) parece tan linda y tan ordenada que es de recreación descubrirla por cualquier parte que se parezca, por sus buenos edificios, aunque todos bajos y mucha frescura de arboleda con que está adornada. Afirmaron muchos de los nuestros, cuando entraron en esta ciudad, que tuvieron por relación verdadera que se sacrificaban cada año seis mil criaturas de ambos sexos. Gobernábase entonces por un capitán general, elegido por la república con el consejo de seis nobles. Asistían a este consejo también sacerdotes, por-

que ninguna cosa se emprendía que primero no se tratase por vía de religión; por lo cual llamaban a esta ciudad el santuario de todos los dioses. Cógese en su distrito mucha cantidad de cochinilla. Los campos son muy fértiles para todo género de sementeras y ganados. Los hombres y mujeres son de muy buen tamaño y parecer; y ellas, dadas al trabajo mujeril de hilar y tejer (y no a ser plateras y entalladoras, como Francisco López de Gómara dice, aunque es verdad que muchas usan el trato de la mercancía y andan de mercado en mercado vendiendo ropa; y otras hacen cucharas y otras cosas de concha, pero éstas son muy pocas; y esto no lo oí como Gómara, pero helo visto con mis proprios ojos). Había entonces grandes mercaderes que contrataban muy lejos y ahora casi todos lo son, aunque no de tanto grueso. La gente pobre vestía de nequén, que es la tela gruesa y basta que se hace del maguey y los ricos vestían de algodón, con orlas labradas de pluma y pelo de conejos, aunque ahora todos visten bien, porque todos tienen sus inteligencias así entre españoles como entre indios, dentro y fuera de la ciudad. Hallaron los castellanos en esta ciudad pobres mendicantes, cosa hasta entonces no vista en toda esta Nueva España en otra parte, y entendióse que iban en romería por la devoción de los templos. Su mayor dios era Quetzalcohuatl, que quiere decir culebra de plumaje (y no dios del aire, como dice Herrera) aunque era dios del aire (como decimos en otra parte). Era grandísima la contratación de diversas cosas que había en esta ciudad; y lo que causó mayor admiración a los castellanos, en los días que allí se detuvieron, fue la loza tan hermosa y delicada como la de Florencia, en Italia, de la cual mucha cantidad se vendía en los mercados.

CAPÍTULO XX. *De la ciudad de Huexotzinco, y cómo la ha dedicado Dios para casa de San Diego*

A CIUDAD DE HUEXOTZINCO estaba sentada en la falda de la Sierra Nevada que está contigua y pegada con el volcán que humea. Esta ciudad era de mucha y belicosa gente. Tenía, cuando entraron en esta tierra los españoles, de treinta y cinco a cuarenta mil vecinos. Esta ciudad tan populosa no permaneció en su sitio, donde antes la habían situado los teochichimecas que la fundaron (como dejamos dicho), porque pareciéndoles a nuestros religiosos de San Francisco, que los han dotrinado siempre, desde entonces, que no era el sitio acomodado para su habitación, los bajaron y sacaron de aquellas quebradas una legua más abajo, a lo llano, donde de presente está situada; y ésta debió de ser la causa (o Dios que así lo quiso) que fue diminuyendo en el número de gente; y a muy poco tiempo quedó cuasi despoblada y lo está en estos tiempos que no sé si llegan a mil vecinos o pocos más con sus aldehuelas.

No es mucho que tratando de los muros gentilicios y poblazones de idólatras, que mezclemos con ellas casas maravillosas y que la divina mano de